

CAPÍTULO CXXVI.

De muchas islas que se descubrieron.

Partió el Almirante con sus tres carabelas de Jamaica, y navegó treinta y cuatro leguas hacia el Poniente, fasta el golfo de buen tiempo, é allí ovieron los vientos contrarios para seguir la costa adelante de la dicha isla de Jamaica, de la qual su calidad era bien conocida y vista que no había en ella oro ni metal ninguno, aunque de lo otro era como un paraíso, y por mas que oro tenida; ficieron del viento contrario bueno y volvieron á la tierra firme de la Juana con propósito de seguir la costa de ella que habían dejado por saber cierto si era tierra firme; é fueron á parar á una provincia que llaman *Macaca*, que es muy hermosa, y fueron á surjir á una población muy grande, el Cacique de la qual ya conocía al Almirante y las carabelas de antes que fuesen á esta jornada, que allegaron por aquella costa las idas de la primera vez que el Almirante fué á descubrir, que todos los Caciques de aquella tierra lo supieron, é fué toda aquella tierra é islas alborotadas de tan nueva cosa é navíos, é todos decían que eran gente del cielo, no embargante que él no había navegado á aquella costa, salvo la otra del Septentrion; y llegados allí el Almirante envió presentes al dicho Cacique de las cosas que ellos allí tenían en mucho precio; y el Cacique les envió buen refresco, y á decir como le conocían y al Almirante por oídas, y conocían á su padre de Simon, un indio que el Almirante había traído á Castilla é dado al Príncipe Don Juan; y el Almirante descendió en tierra y preguntó al dicho Cacique y á los indios de aquel lugar, si aquello era tierra firme ó isla; y él con todos los otros le respondieron que era tierra infinita de que nadie había visto el cabo, aunque era isla. Esta era gente muy mansa, y desviada de malos pensamientos; hay diferencia en gran manera de esta gente de esta tierra Juana, á las otras de todas las islas comarcanas, y eso mesmo hay en las aves, y en todas las otras cosas, que estas de esta isla Juana son de mejor condicion é mas mansas. Otro dia partieron de allí é navegaron al Septentrion declinando al noroeste siguiendo la costa de la tierra; á oras de visperas vieron de lejos que aquella costa volvía al Poniente y tomaron aquel camino por atajar, dejando la tierra á mano derecha. Otro dia al salir el sol miraron de encima del mastelero y vieron la mar llena de islas á todos cuantros vientos: y todas verdes y llenas de árboles, la cosa mas hermosa que ojos vieron, y el Almirante quisiera pasar al Austro, y dejar estas islas á la mano derecha, mas acordándose haber leído que toda aquella mar es así llena de islas, y Juan de Mandavilla dice que en las Indias hay mas de cinco mil islas, determinó de andar adelante, y no dejar la vista de la tierra firme de la Juana y ver lo cierto si era isla ó no, y quanto mas andaban mas islas descubrian, y dia se hizo anotar 164 islas, y el tiempo para navegar entre ellas siempre se lo dió Dios bueno, que

corrian los navíos por aquellos mares que parecía que volaban; y llegaron el dia de Pascua de Espiritu Santo de 1494 á posar á la costa de tierra firme, á un lugar despoblado, y no por destemperanza del cielo ni esterilidad de la tierra; y en un grande palmar de palmas que parecía que llegaban al cielo; allí en orilla de la mar salían de la tierra dos ojos de agua de debajo de ella, tan grandes que en el ahujero cupiera una gorda naranja, y venía esto en alto con impetu, cuando la marea era decreciente; era tan fria y tal y tan dulce, que no la habrá mejor en el mundo; y este frio no es salvaje como otros que dañan el estómago, sino sanísimo; y descansaron allí todos en las yerbas de aquellas fuentes, y al olor de las flores, que allí se sentía maravilloso, y al dulzor del cantar de los pajaritos, tantos eran y tan suaves, y la sombra de aquellas palmas tan grandes y tan hermosas, que era maravilla ver lo uno y lo otro. Allí no parecía gente ninguna, empero señal había de andar gente por allí, que había señales de ramas de palmas cortadas. De allí el Almirante entró en una barca y fué con ella y con las otras á ver un rio al Levante de allí una legua, y hallaron el agua tan caliente que escasamente se sufría la mano en ella; y anduvieron por él arriba dos leguas sin hallar gente ni casas, y siempre la tierra era en aquella hermosura y los campos muy verdes y llenos de infinitas uvas y tan coloradas como escarlatas, y en toda parte por allí había el olor de las flores y el cantar de los pájaros muy suave, lo qual todos vieron y sintieron en cuantas islas por allí llegaron, y porque eran tantas que no se podían en singular nombrar cada una, púsoles el Almirante por nombre *el Jardín de la Reyna*. Y el dia siguiente, estando el Almirante en mucho deseo de haber lengua, vino una canoa á caza de peces, que así llaman ellos, caza, que cazan con unos peces otros, que traían atados unos peces por la cola con unos cordales, y aquellos peces son de hechura de cóngrios y tienen la boca larga, toda llena de sosas, así como de pulpo, y son muy osados, como acá los uros, é lanzándolos en el agua ellos van á pegarse á cualquier pece, de estos en el agua non los despegarán fasta que los saquen fuera, ántes morirá, y es pece muy ligero, y desque se apega, tiran por el cordel muy luego en que lo traen atado, y sacan cada vez uno, y tómanlo en llegando á la lumbre del agua, así que aquellos cazadores andaban muy desviados de las carabelas y el Almirante envió las barcas armadas y con arte que no les fuyesen á tierra, y llegados á ellos, les hablaron todos aquellos cazadores como corderos mansos sin malicia, como si toda su vida los ovieran visto, que se detuviesen con las barcas, porque tenían uno de estos peces pegado en fondo á una grande tortuga, fasta que la oviesen recojido dentro en la canoa, y así lo hicieron, y despues tomaron la canoa, y á ellos con quatro tortugas, que cada una tenía tres codos en luen-go, é los trujeron á los navíos al Almirante; y allí aquellos le dieron nuevas de toda aquella tierra é islas, y de su cacique, que estaba allí muy cerca,

que los había enviado á cazar, y rogaron al Almirante que se fuese allá, y que le harían gran fiesta, y diéronle todas quatro tortugas, y él les dió muchas cosas de las que llevaba, con que fueron muy contentos, y preguntóles si aquella tierra era muy grande, y ellos respondieron que al Poniente no tenía cabo, y dijeron que toda aquella mar al Austro é Poniente era llena de islas, é dióles licencia; y ellos le preguntaron cómo se llamaba, y ellos le dijeron el nombre de su Cacique, y volvieron á su ejercicio de pescar.

CAPÍTULO CXXVII.

De la tierra donde los hombres comen perros, y los engordan con pescado para ello, é del suavísimo olor de la tierra.

Partió el Almirante de allí, por entre aquellas islas por las canales mas navegables, siguiendo al Poniente, no se desviando de tierra firme, y despues de con buen tiempo haber andado muchas leguas, falló una isla grande y al cabo de ella una gran población; y aunque las carabelas llevaban buen tiempo, surjieron allí y fueron á tierra; mas no hallaron persona alguna, que todos huyeron y dejaron el lugar; creyóse ser gente que se gobernaba de pescados; allí hallaron infinitas conchas de tortugas que tenían por aquella playa; allí hallaron todos juntos quarenta perros, no grandes ni muy feos: no ladraban, parecía estar criados á pescado, y cebados. Supieron como los indios los comían, y que tienen tan buen sabor como acá cabritos en Castilla, porque algunos castellanos los probaron. Tenían allí aquellos indios muchas garzotas mansas, é otras muchas aves, é el Almirante mandó que no les tomasen ninguna cosa, y partióse de allí con sus navíos, y luego hallaron otra isla mayor que aquella, y no curaron de ella, mas enderezaron á unas montañas que vieron muy altas de la tierra firme, que estaban de allí catorce leguas, y allí hallaron una gran población, y el Cacique y los demas habitantes de muy buena conversacion, y de muy buen trato, y allí dieron muy buen refresco al Almirante y á su gente de pan y frutas y agua; y preguntóles el Almirante si aquella tierra se andaba mucho al Poniente adelante, y respondió el Cacique, que con otros viejos de su tiempo que lo sabían, cá era hombre viejo, que aquella tierra era grandísima y jamas oyó decir que tuviese cabo, mas que adelante sabría mas de la gente de Magon, de la qual provincia ellos estaban comarcanos.

Navegaron el siguiente dia al Poniente, siguiendo siempre la costa de la tierra, y anduvieron muchas leguas siempre por islas mas grandes, y no tan espesas como primero; llegaron á una sierra muy grande y muy alta, que andaba mucho dentro en la tierra, tanto que no se pudo ver el fin de ella; y de la parte de la mar de ella había poblaciones infinitas, de las quales luego vinieron á los navíos gente infinita con fruta y pan, y agua, y algodón hilado, y conejos, y palomas, y de otras mil maravillas de aves de otras maneras, que no

Cr.—III,

hay acá, cantando por fiesta, creyendo que aquella gente y navíos venían del cielo; y aunque el indio intérprete que llevaba el Almirante les decía que era gente de Castilla, creían que Castilla era el cielo, y que el Rey y la Reyna Señores de aquellos navíos cuya era aquella gente, estaban en el cielo. Llábase aquella provincia *Ornophay*; llegaron allí una tarde y habían andado en poca agua, y allá no pudieron hallar hondo, y el viento de la tierra los echaba fuera y estuvieron una noche allí á la cuerda pairando, que no les pareció una hora de mano por el suavísimo olor que de la tierra venía, y el cantar de los pájaros y de los indios, que era muy maravilloso y contentable; allí dijeron al Almirante que adelante de allí era Magon, donde todas las gentes tenían rabo, como las bestias ó alimañas, y que á esta causa los hallarian vestidos, lo qual no era así, mas parece que entre ellos hay este crédito de oídas, y los simples dellos lo creen ser así con su simpleza, y los discretos creo yo que no lo creerán, porque parece que ello fué dicho primeramente por burla, haciendo escarnio de los que andaban vestidos, como dice Juan de Mandavilla en el 74 cap. de su libro, que en las Indias en la provincia de la Moré todos andan desnudos como nacieron, y que hacen burla de los que andan vestidos; y dicen que es gente que no creen en Dios, que hizo á Adán y á Eva nuestros padres, el qual los hizo desnudos, y dicen que de lo que es natural, ninguno debe haber vergüenza; y así los de esta provincia de *Ornophay*, como ellos todos andan desnudos, hombres y mujeres, hacen escarnio de los que oyen decir que andan vestidos, y el Almirante supo ser burla, que si algunos donde ellos decían andan vestidos, tampoco tienen rabo, como ellos dijeron. Dijeron allí tambien al Almirante que adelante había islas innumerables y poco hondo, y que el fin de aquella tierra era muy lejos, é tanto que en quarenta lunas no le podría llegar á cabo; y ellos fablaban segun el andar de sus canoas, que es muy poco, que una carabela andaría mas en un dia, que ellos en siete.

CAPÍTULO CXXVIII.

De la mar blanca.

Partió el Almirante de *Ornophay* el dia siguiente con buen viento con sus carabelas, é cargó de velas, é anduvo muy gran camino fasta que entró en una mar blanca todo de un golpe, é pasó muchos bajos antes de llegar á ella, la qual mar era blanca como leche y espesa como el agua en que los zurradores adoban los cueros; y luego les faltó el agua, y quedaron en dos brazas de hondo, é el viento les acudió, é estando en una canal muy peligrosa para volver atrás ni para surjir con los navíos, porque no podían volver atrás, ni virar sobre el ancla la proa al viento, ni había hondo para ello, porque siempre andaban rastraendo el ancla por el suelo, é anduvieron así por estas canales de dentro de estas islas las diez leguas fasta una isla donde hallaron

dos brazas é un codo de agua, y largura para estar las carabelas, é allí surjieron y estuvieron con muy grande pena pensando dejar la empresa, y que no harian poco en volver á donde habian partido; mas nuestro Señor, que siempre socorre á los hombres humillados de buena voluntad, les puso esfuerzo y puso en corazon al Almirante que siguiese adelante, y el dia siguiente envió una carabela pequeña al fondo de aquella mar allí cerca á ver si fallaria agua dulce en la tierra firme, de que tenian todos los navios mucha necesidad, volvió con la respuesta que á la orilla de la tierra era el lodo muy hondo y estaba dentro en la mar el arboleda tan espesa, que no entraria por allí un gato; habia por allí tantas islas que eran tan espesas, y mas que en el Jardin ya dicho, y tantas arboledas en derredor de la orilla de la mar, que parecian muros, y juntos con aquellas arboledas habia tierra alta, y muchas montañas y muy verdes, y en ellas parecian muchas humadas y grandes fuegos, é el Almirante determinó ir adelante, y navegó por aquellas canales entre aquellas islas, las cuales, como dicho es, eran mas espesas que en el Jardin de la Reyna, y navegó fasta que llegaron á una punta muy baja de tierra, á la qual el Almirante le puso nombre la *Punta del Serafin*; allí ovieron muchos trabajos, que muchas veces se vieron con los navios en seco; y dentro de esta punta la tierra bajaba al Oriente, y se descubrian al Septentrion montañas muy altas lejos de esta punta y entre medias limpio de islas, que todas quedaban al Austro y al Poniente. Ovieron allí el viento bueno y hallaron allí tres brazas de hondo de agua, y el Almirante determinó tomar el camino de aquellas montañas, á las cuales llegó otro dia siguiente y fueron á surjir á un palmar muy fermoso é muy grande, donde hallaron fuentes de agua muy dulce y buena y señal que allí habia estado gente.

Acaeció allí que estando forneciendo los navios de leña é agua, salió un balletero de las carabelas á caza por la tierra con su ballesta, é alejado un poco se halló con obra de treinta indios, y el uno de ellos era vestido con una túnica blanca hasta los piés; y se halló tan súbito sobre ellos, que pensó por aquel vestido que era un fraile de la Trinidad que allí iba en la compañía, y despues vinieron á él otros dos con túnicas blancas, que les llegaban abajo de las rodillas, los cuales eran tan blancos como hombres de Castilla en color; estonces ovo miedo, y dió voces, é volvió huyendo á la mar, y vido que los otros se estaban quedos y el de la túnica cumplida venia tras de él llamándolo, y él nunca osó esperar; y así fuyendo se vino á los navios, y el Almirante desque lo supo envió allá por saber qué gente era, é quando fueron no hallaron á ninguno, é creyeron que aquel de la túnica cumplida sería el Cacique de ellos.

El dia siguiente envió el Almirante veinte y cinco hombres bien armados, que anduviesen ocho ó diez leguas por la tierra adentro, hasta hallar gente, y andando un quarto de legua hallaron una vega

que andaba de Poniente á Levante é luengo de la costa, é por no saber el camino quisieron travesar la vega, y nunca pudieron andar con yerba tanta y tan entretejida, y volviéronse cansados como si ovieran andado veinte leguas, y dijeron que por allí era imposible poder andar la tierra, que no habia caminos ni vereda. Otro dia fueron otros al luengo de la playa y hallaron rastros de bestias grandísimas de cinco uñas, cosa espantable, é juzgaban que fuesen grifos, é de otras bestias, que juzgaban que fuesen leones, y tambien se volvieron atrás. Allí hallaron muchas parras y muy grandes, y cargadas de agraz, que cubrian todos aquellos árboles, que era maravilla de ver. Tomó el Almirante de aquel agraz una espuerta llena, é de los trozos de las parras, é de la tierra blanca de la mar para mostrar, é para enviar á el Rey y á la Reyna; tambien allí habia muchas aromáticas frutas, como en los otros lugares susodichos; tambien habia allí grullas, mayores dos veces que las de acá de Castilla.

Visto el Almirante que habia dejado la punta del Serafin, á donde la tierra bajaba á el Oriente y habia atravesado á las montañas al Septentrion, navegó de allí al Oriente por la misma costa hasta que vido que la una costa y la otra se juntaban y hacian seco; volvieron atrás otra vez al Poniente, y aunque andaban los navios y gente muy cansada, pensó el Almirante navegar al Poniente á unas montañas que habia visto lejos treinta y cinco leguas de donde habia tomado el agua, y andando las nueve leguas hallaron una playa y tomaron el Cacique de ella, el qual, como ignorante y persona que no habia salido de aquellas montañas, que les dijo que era la mar muy honda y baja al Septentrion é muy gran número de jornadas, levantaron las áncoras, y siguieron su viaje muy alegres, pensando que sería como él les habia dicho, y andando ciertas leguas se hallaron embarazados entre muchas islas, y en muy poco fondo, de manera que no hallaban canal que los consintiese pasar adelante, é á cabo de un dia y medio por una canal muy angosta é baja por fuerza de anclas y cabestral ovieron de pasar los navios casi una braza por la tierra en seco, hasta haber andado bien dos leguas, á donde hallaron dos brazas y medio de agua, en que navegaron los navios, y anclando mas adelante hallaron tres brazas; allí vinieron muchas canoas á los navios, y las gentes de ellas decian que las gentes de aquellas montañas tenian un rey de grande estado; é ellos parecia lo tenian en maravilla, el modo é suma de religion y su grande estado, diciendo que tenia infinitas provincias, y que le llamaban Santo, y que traia túnica blanca que le arrastraba por el suelo, y así siguieran aquel camino siempre por la costa de la mar con tres brazas de agua de hondo, y despues de navegado cuatro dias y pasadas las montañas, que quedaban mucho al Oriente, y siempre hallaron la costa de la mar así anegada y arboledas espesas cerca de ella, como dicho es, que era imposible entrar por ellas, y estando metidos con los navios en un seno por donde otra vez la tierra

volvía al Oriente, vieron unas montañas muy altas allí donde aquella tierra hacia cabo, lejos de ellos veinte leguas. Determinó el Almirante ir á ella, pues la mar no cojía al Septentrion, y era de muy grandísimo hondo, como el Cacique habia dicho y dijo que por allí por donde el Almirante queria ir, que en cinquenta lunas no hallaria cabo, y que así lo habia oido decir. Navegaron por de dentro de muchas islas, y al cabo de dos dias con sus noches llegaron á las montañas que habian visto, que era un Cherrojo tan grande como el de la Aurea como la isla de Córcega. Cercáronla toda, y nunca pudieron hallar entrada para ir á la tierra adentro, porque era la tierra así llena de lodo é de árboles espesos, como la otra que dicho es, é las ahumadas de gentes eran en la tierra adentro muy grandes é muchas. Estuvieron allí por aquella costa siete dias buscando agua dulce, de que tenian necesidad, la qual hallaron en la tierra de parte de Oriente en unos palmares muy lindos, y allí hallaron nácares y grandísimas perlas; vieron que allí habria buenas pesquerías si las continuasen; despues que tomaron agua y leña navegaron al Austro y siguiendo la costa de la tierra, y despues al Poniente, siguiendo siempre la costa de la tierra firme, fasta que los llevaba al Suroeste y parecia que habian de llevar por aquella grande número de jornadas, y al Austro vieron toda la mar llena de islas despues de haber andado gran pieza de donde habian partido, y aquí los navios estaban muy desconcertados por las muchas dadas en lo bajo, y las cuerdas y aparejos gastados, é la mayor parte de los mantenimientos muy perdidos, en especial el bizcocho, por la mucha agua que hacian los navios, y toda la gente estaba muy cansada y temerosa de mantenimientos, y dudando que la sazón de los vientos á la vuelta les podrian ser adversos; habian andado hasta allí desde el cabo de Alfaeto mil é doscientas é ochenta é ocho millas, que son trecientas veinte y dos leguas, en que habian descubierto muy muchas islas, segun dicho es, y la tierra firme.

Estonce acordó el Almirante dar la vuelta por otro camino, y no por donde habian ido, y volver por Jaime, el qual nombre de Santiago el Almirante le habia puesto, y acabar de redondear toda la parte del Austro que les habia quedado por andar, y así dieron la vuelta pensando poder pasar dentro de unas islas que allí estaban, en las cuales nunca hallaron canal, y les fué forzado volver atrás por un brazo de mar por donde habian navegado hasta la punta del Serafin á las islas donde primero habian surjido en la mar blanca.

CAPÍTULO CXXIX.

De los cuervos marinos que vieron, é mariposas, é tortugas muy grandes.

Viniendo de vuelta, despues que ovieron pasado las casas del cacique susodicho una jornada, un dia ántes que el sol saliese, vieron venir de mar en fuera al camino de la tierra mas de un cuento y medio

de cuervos marinos todos juntos, é lo ovieron por maravilla tanta multitud de cuervos; y el dia siguiente vinieron á los navios tantas mariposas, que escurecian el aire del cielo y duraron así hasta la noche, que las destruyó una grande agua que llovía, y truenos con ella; tambien desde donde dejaron la tierra donde decian que estaba el Rey Santo para ir al Teronoso á quien de San Juan Evanjelista pusieron el nombre, bien que en todo el viaje vieron que habia muchas tortugas é muy grandes; empero muchas mas vieron en estas veinte leguas, cá la mar era toda cuajada de ellas y muy grandísimas, é tantas que parecia que los navios se querian encallar en ellas, y así rujian entre ellas. Tienenlas los indios en gran precio y por muy buen manjar, y sanas y sabrosas.

CAPÍTULO CXXX.

De la provincia de Ornophay é de donde el Almirante hizo decir misa, é del recibimiento que el cacique de aquella tierra le hizo.

Partieron de allí é navegaron por un brazo de mar blanco, como lo es todo lo otro de por allí, y muy poco hondo, y andadas pocas leguas llegaron al cabo de las muchas islas donde habian surjido la primera vez en la mar blanca, que fué maravilla de nuestro Señor acertar á venir allí y milagro, mas que no por saber ni injenio del hombre. Dende vinieron fasta la provincia de Ornophay con no menos peligro del pasado, é allí surjieron en un rio, é fornecieron los navios de agua é leña para navegar á el Austro é no volver por donde habian ido, é dejar el Jardin de la Reyna á la mano izquierda, y así vinieron, é no se pudieron escusar de comunicar con muchas islas que hasta estonce no habian visto. Aquí, como es dicho, es la tierra montañosa y fertilísima, y gente mansa en gran manera, y muy abundosa de frutas, y de viandas, que de todos les dieron muy gran parte, é eran frutas suavísimas y aromáticas; allí les trujeron infinitas aves, papagayos, y de otras aves, é las mas de ellas eran palomas y muy grandes, y tan sabrosas como perdices de acá de Castilla, y tenian el papo lleno de flores, que olian mas que azahar de los naranjos; allí hizo el Almirante decir misa, hizo plantar una cruz de un gran madero, así como acostumbraba facer en todos los otros cabos donde llegaban y le parecia que convenia; era Domingo cuando al Almirante dijeron misa, y él descendió en tierra, y el Cacique de allí era hombre muy honrado, y Señor de mucha gente é familia, cuando vido al Almirante descendido de la barca en tierra, le tomó de la mano, y otro indio de mas de ochenta años que venia con él le tomó de la otra mano haciéndole mucha fiesta, y traía aquel viejo un ramal de quentas de piedra mármol al pescuezo, las cuales tienen ellos allá en gran precio, un cestillo de manzanas en la mano, las cuales luego dió al Almirante así como descendió de la barca en presente; y el Cacique, y el viejo y los otros andaban desnudos como nacieron sin ningun empacho, así como andan en todas las otra

partes de la tierra descubierta por el Almirante Colón; y así por las manos fueron y todos los otros indios en pos de ellos fasta donde el Almirante fué á hacer su oracion y oír misa adonde habia mandado aparejar para ello, y despues que el Almirante acabó su oracion, el viejo indio con muy buen semblante y osadía fizo allí razonamiento y dijo que él habia sabido como el Almirante corria y buscaba todas las islas y tierra firme de aquellas partes, y que supiesen que allí estaban en la tierra firme de allá, y dijo al Almirante que no tomase vanagloria, puesto caso que toda la gente le oviese miedo, porque él era mortal como los otros hombres, y comenzó por palabras y señas figurando en su persona como todos los hombres nacieron desnudos y tenían alma inmortal, y que del mal de cada miembro el ánima era la que se dolía y que al tiempo de la muerte del desprendimiento del cuerpo sentia muy gran pena, y que iban al Rey del Cielo, ó en el abismo de la tierra, segun el bien ó mal que habian fecho ó obrado en el mundo; y porque él conoció del Almirante que habia placer de lo oír, él se alargaba mas en el razonamiento con tales señas que todo lo entendia el Almirante; y el Almirante le respondió por intercesion del indio intérprete que traia, que habia venido á Castilla, el qual entendia bien la lengua castellana y la pronunciaba, y era muy buen hombre y de muy buen ingenio; y respondió que él no habia fecho á persona ninguna mal, ni era venido por hacer mal á los buenos, salvo á los malos, y que ántes facia bienes y mercedes á los buenos y mucha honra, y que esto era lo que los Señores suyos el Rey Don Fernando y la Reyna Doña Isabel, muy grandes Reyes de España, le habian mandado, y el indio respondió, muy maravillado al intérprete, diciendo: «¿cómo, este Almirante tieno otro Señor á quien obedece?» Y el intérprete indio dijo: «al Rey y á la Reyna de Castilla, que son los mayores Señores del mundo»; y de aquí les contó al Cacique y al viejo, y á todos los otros indios las cosas que él habia visto en Castilla y las maravillas de España, y de las grandes ciudades y fortalezas, é iglesias, y gentes, y caballos, y alimañas, y de la grande nobleza y riqueza de los Reyes y grandes señores, y de los mantenimientos, y de las fiestas y justas que habia visto, y del correr de los toros, y de las guerras lo que habia sabido, y todo se lo recontó muy bien y en forma que el viejo y los demás se gozaron y holgaron mucho por lo saber; é lo comunicaban los unos á los otros; é el viejo dijo que él queria venir á ver tales cosas, é se determinaba de se venir con el Almirante, salvo por impedimento de su mujer é hijos que lloraban, y por esto por piedad de ellos lo dejó con mucha pena, y el Almirante tomó otro mancebo allí, que trujo sin escándalo de la tierra, el qual con el otro Cacique que traia, que habia tomado, envió á el Rey y á la Reyna, despues de él venido del viaje á la Española.

Todas aquellas gentes isleñas y de la tierra firme de allá, aunque parecen bestiales y andan desnudos, segun el Almirante y los que con él fueron este via-

je, les parecieron ser bien razonables y de agudos ingenios, los quales todos huelgan mucho de saber cosas nuevas, como hacen acá los hombres que desean saber todas las cosas, que aquello no nace sino de viveza y agudo ingenio, y son aquellas gentes muy obedientes y muy leales á sus Caciques, que son sus Reyes é señores, é los tienen en muy gran cuenta é honra; é luego donde quiera que las carabelas llegaban hacian saber cualesquier indios que allí estuviesen el nombre de su Cacique, y preguntaban por el nombre del Cacique de las carabelas para replicarlo entre ellos, y el uno con el otro lo replicaban porque no se les olvidase, y despues preguntaban cómo llamaban á los navios, y si venian del Cielo, ó donde venian, y aunque les decian que era gente de Castilla, ellos pensaban que Castilla era en el Cielo, porque ellos no tienen ningunas letras, ni saben de leyes, ni de historias, ni saben qué cosa es leer, ni leyenda, ni escriptura, y por esto están tan ignorantes; é ellos dicen que los de Magon andan vestidos porque tienen rabo, por cobijar aquella fealdad, é tienen por injuria entre ellos andar vestidos, como dicho es. La tierra es tan fértil en lo que se puede conocer por todas aquellas islas y tierra de aquellas mares, que aunque fuesen muchas mas gentes y fuesen cien veces otros tantos les sobrarian los mantenimientos. Bien puede haber en la tierra á dentro otros regimientos é otras diferencias é modos de gentes é cosas extrañas, que no puede ser ménos, las quales de este viaje no se pudieron ver ni saber. Despidióse el Almirante de aquel Cacique, y de aquel viejo honrado, su privado ó pariente, de Ornophay, é con mucha amistanza é con muchas obligaciones.

CAPÍTULO CXXXI.

De como el Almirante se partió de allí; é de lo que anduvo, é de cuantas leguas puede andar una carabela, y de como aportaron á una isla de muchas poblaciones, é del Cacique que se metió con su muger é su casa en la carabela para venir con el Almirante; é de como volvió á la Española; y del fin de esta escriptura, é de la muerte del dicho Almirante.

Partió el Almirante de la provincia de Ornophay del Rio de las Misas á que puso nombre, navegaron al Austro para dejar el Jardín de la Reyna, que eran muchas islas verdes y hermosas, á la mano izquierda, por el peligro de navegar que primero á la ida habian pasado, vinieron á tener á la provincia de Macaca por causa de los vientos que le resistieron, y allí en toda la provincia los recibieron muy bien, y allí en un golfo muy grande, á donde puso el Almirante *Buen-tiempo* por nombre; allí navegaron al Poniente hasta que llegaron al cabo de la isla, y dende al Austro, hasta que llegaron á la tierra Roja al Oriente, y así al cabo de ciertos dias llegaron al monte Christalino, y de allí á la punta del Farol, y á la Baja, que es mas al Levante once leguas, á donde hace fin la isla sobredicha; allí ovieron ciertos dias de vientos contrarios. Los marineros tienen que el comun navegar de una carabela en un día son doscientas millas de quatro en legua,

que son en un día natural cincuenta leguas, en un día grande setenta é dos leguas, destas les acaecieron al Almirante y á su gente en este viaje hartas jornadas, segun ellos contaban, y escribió el Almirante en el libro que de ello hizo, y no parezca maravilla que navegando se pueda arbitrar el camino en cierto, mas ántes se prueba por muy verdadero; porque muchas veces se vuelve el navio á la isla otra de donde salió, y no con el mismo tiempo y viento, salvo con el contrario y adverso; aquí consiste el saber del maestro y el remediarse al tiempo de la tormenta: nin se tiene por buen piloto ó maestro aquel que aunque haya de pasar de una tierra á otra muy lejos sin ver señal de otra tierra alguna, que yerre diez leguas, aunque el tránsito sea de mil leguas, salvo si la fuerza de la tormenta le fuerza é priva de usar del ingenio; así que navegando ellos á la partida del Austro, fueron á surgir una tarde á una bahía adonde allí en aquella comarca habia muchas poblaciones, y vino un Cacique de una muy grande poblacion, que está en un alto, á los navios, y trújoles muy buen refresco, y el Almirante les dió á él y á los suyos de las cosas que él tenia é les agradaban, é el Cacique preguntó de dónde venian, é cómo llamaban al Almirante, y el Almirante respondió que él era vasallo de los altos y esclarecidos Reyes el Rey y Reyna de Castilla, sus Señores, los quales le habian enviado en aquellas partes á saber y descubrir aquellas tierras y honrar mucho á los buenos y destruir á los malos, y esto fué por intercesion del indio intérprete que fablaba, de lo qual el dicho Cacique se holgó mucho, y preguntó muy por extenso al indio de las cosas de acá, y él se las contó mucho por extenso, de lo qual el Cacique y los otros indios muy maravillados se holgaron mucho, y estuvieron allí hasta la noche, é se despidieron del Almirante; y otro día partió el Almirante de allí y ya que iba á la vela con poco viento, vino el Cacique con tres canoas y alcanzó al Almirante, el qual venia tan concertado que no es dejar de escribir la forma de su estado; la una de las canoas era muy grande como una grande fusta y muy pintada; allí venia su persona é la mujer é dos hijas, la una de fasta diez y ocho años, muy fermosa, desnuda del todo como allá acostumbran, muy honesta, la otra era menor, y dos niños muchachos sus hijos, y cinco hermanos, y otros criados, y los otros todos debian de ser sus criados y vasallos; traia él en su canoa á un hombre como alfez, éste solo venia en pie á la proa de la canoa con un sayo de plumas coloradas, de hechura de cota de armas, y en la cabeza traia un grande plumaje que parecia muy bien, y traia en la mano una bandera blanca sin señal alguna; dos ó tres hombres venian con las caras pintadas de colores de una mesma manera, y cada uno traia en la cabeza un gran plumaje de hechura de zelada, y en la frente una tableta redonda tan grande como un plato, y pintadas así la una como la otra de una misma obra y color, que no habia diferencia, así como en los plumajes, é traian estos en la mano un juguete con que tafian; habia

otros dos hombres así pintados en otra forma; estos traian dos trompetas de palo muy labradas de pájaros y otras sutilezas; el leño de que eran era muy negro, fino, cada uno de estos traia un muy lindo sombrero de plumas verdes muy espesas, de muy sutil obra; otros seis traian sombreros de plumas blancas, y venian todos juntos en guarda de las cosas del Cacique. El Cacique traia al pescuezo una joya de arambre de una isla, que es en aquella comarca que se llama *Guanique*, es muy fino, y tanto que parece oro de ocho quilates, era de hechura de una flor de lis, tamafia como un plato, traiala al pescuezo con un sartal de quantas gordas de piedra mármol, que tambien tienen ellos allí en muy gran precio, y en la cabeza traia una gran guirnalda de piedras menudas verdes y coloradas puestas en orden, y entremedias algunas blancas mayores, á donde bien parecian, y traia mas una joya grande colgada sobre la frente, y á las orejas le colgaban dos grandes tabletas de oro con unas sartitas de cuentas verdes muy menudas; traia un cinto, aunque andaba desnudo, ceñido de la misma obra de la guirnalda, y todo lo otro del cuerpo descubierto; y así mismo su mujer venia adornada, desnuda, descubierta, salvo un solo lugar de su miembro, que de una coquilla no mayor que una hoja de naranja de algodón traia tapado; traia en los brazos debajo del sobaco un bulto de algodón hecho como los brahones de los jubones antiguos de los franceses, traia otros dos como aquellos y mas grandes en cada pierna el suyo como ahorcas, tambien de algodón, abajo de las rodillas; la hija mayor y mas hermosa toda andaba desnuda, un solo cordón de piedras muy negras y muy menudas solamente traia ceñido del qual colgaba una cosa de hechura de hoja de yedra de piedras verdes y coloradas pegadas sobre algodón tejido; la canoa grande venia entre las dos, y mas con una poca de ventaja adelante, y luego como llegó este Cacique á bordo del navio comenzó de dar á los maestros y gente cosas de su comarca. Era de mañana y el Almirante estaba rezando, y no vido tan ahina las dádivas y determinacion de la venida de este Cacique, el qual luego entró en la carabela con toda su gente, y quando el Almirante salió ya tenia enviados los vasallos que volviesen las canoas á tierra, y iban ya lejos, y luego vido al Almirante se fué á él con cara muy alegre, diciendo: «Amigo, yo tengo determinado dejar la tierra y irme contigo y ver al Rey y á la Reyna y al Príncipe su hijo, los mayores Señores del mundo, los quales tienen tanto poder que han sojuzgado acá tantas tierras por tí, que los obedeces y vas por su mandado todo este mundo sojuzgando, como he sabido de estos indios que contigo traes, y que en todo cabo están las gentes de tí tan temerosos que es maravilla, y á los caribes, que es gente innumerable y muy brava, les has destruido las canoas é casas é tomado las mugeres é hijos, é muerto de ellos los que no huian. Yo sé que en todas las islas de esta comarca, que es infinito número de gente y gran mundo, te temen y han gran miedo, y les puedes hacer mucho mal é

daño si no obedecen al gran Rey de Castilla, tu Señor, pues ya conoces las gentes de estas islas y su flaqueza y sabes la tierra; pues antes que me tomes mis tierras y señoríos, yo me quiero ir contigo con mi casa en tus navios á ver los grandes Rey y Reyna tus Señores y á ver la tierra mas abundosa y rica del mundo, donde ellos están, y á ver las maravillas de Castilla, que son muchas, segun tu indio me ha dicho.» Y el Almirante, habiendo compasion de él y de su hija, y de sus hijos y de su mujer, se lo estorbó viendo su inocencia y sana voluntad, y dijo, que él lo recibia por vasallo del Rey de España y de la Reyna, y que por entonces se quedase, que aun le faltaba mucho por descubrir, y que tiempo habria de otra vuelta para cumplir su deseo, é hicieron amistad, é así se ovo de quedar con su gente é casa.

El Almirante navegó dende al Austro y al Oriente por aquellas mares, entre otras islas pobladas de aquellas mismas gentes desnudas, segun escribió dello el Almirante, de las quales por no hacer tan larga escriptura dejó de escribir, y basta esto, porque toda la gente era como la susodicha. Cuando volvió para la Española de donde habia partido, vino á salir por entre las islas de los Caribes facia por donde habia ido el segundo viaje. Ya no hacian cuenta de él en la Española ni de sus navios, sino que pensaban que él fuese perdido, y en Castilla así mismo lo tenian, que habian escrito de la Española como no parecia tanto tiempo habia; alegráronse con su venida los que lo bien querian, y por la contra otros que le non tenian voluntad les pesó, porque no les dejó aprovechar á ninguno, ni resgatar cosa alguna, salvo todo para el Rey y Reyna, porque habia muy grandes gastos hechos en la demanda, y habia muy grandes mormuraciones contra él. No halló cojido oro, ni hubo quien procurase de lo haber, ni quien lo supiese ni osase buscar por temor de los indios, mientras él fué en el dicho viaje. Desde que fué venido, luego puso en obra de haber lo mas que pudo, y por las discordias que ovo entre ellos fizo justicia de algunos de ellos, y otros envió presos al Rey como hemos dicho; los gastos eran muy muchos, los provechos eran pocos hasta entonces, la sospecha que no habia oro era muy grande ansí allá como acá en Castilla. Ovieron falta de mantenimientos é llegó la gente á estar en mucha necesidad y necesidades, lo qual remedió de acá el Señor Don Juan de Fonseca, Obispo de Badajoz que fué, é despues de Córdoba, é despues de Palencia que tenia el cargo de proveer. Ovo quien fizo entender al Rey y á la Reyna que siempre sería mas el gasto que el provecho, de manera que enviaron por el Almirante, y vino en Castilla en el mes de Junio de 1496 años, vestido de unas ropas de color de hábito de fraile de San Francisco, de la observancia, y en la hechura poco menos que hábito, é un cordon de San Francisco por devocion, y trujo consigo algunos indios que antes que él de allí partiese él habia prendido, al gran Cacique Caonaboa, é á un su hermano, é á un su fijo de fas-

ta diez años, no en pelea, salvo desque los aseguró y despues diz que dijo que los traía á ver al Rey y á la Reyna para despues volverles en su honra y estado. Traía al Caonaboa y á un su hermano de fasta 35 años, á quien puso por nombre Don Diego é á un mozuelo sobrino suyo, fijo de otro hermano, y murióse el Caonaboa en la mar ó de dolencia ó poco placer. Traía un collar de oro el dicho Don Diego, hermano del dicho Caonaboa, que le facia el Almirante poner cuando entraba por las ciudades ó lugares, hecho de eslabones de cadena, que pesaba seiscientos castellanos, el qual yo vi y tuve en mis manos, y por huéspedes en mi casa al dicho Señor Obispo, é al Almirante, é al dicho Don Diego. Trujo estonce el Almirante muchas cosas de allá de las del uso de los indios, coronas, carátulas, cintos, collares y otras muchas cosas entretejidas de algodón, y en todas figurado el diablo en figura de gato, ó de cara de lechuza, ó de otras peores figuras, de ellas entalladas en madera, de ellas hechas de bulto del mismo algodón, ó de lo que era la alhaja. Trujo unas coronas con unas alas y en ellas unos ojos á los lados de oro, y en especial traía una corona que decian que era del Cacique Caonaboa, que era muy grande y alta, y tenía á los lados estando tocada unas alas como adarga y unos ojos de oro tamaños como tazas de plata de medio marco, cada uno allí asentado, como esmaltado, con muy sutil y extraña manera y allí el diablo figurado en aquella corona, y créese que así se les aparecía, y que eran idólatras y tenian al diablo por señor. Los que de aquellos indios que trujo vivieron presentó con las cosas y oro que trujo á el Rey y á la Reyna, de los quales fué muy bien recibido, é ovieron mucho placer de ver las cosas extrañas é de saber de lo descubiertó; y aunque el Almirante tenia hartos contrarios, que no lo podian tragar por ser de otra nacion y porque sojuzgaba mucho en su capitania é cargo, á los soberbios y adversos. E estuvo esta vez el Almirante en la córte de Castilla, é en Aragon, mas de un año, que con las guerras de Francia no le podian despachar, é despues ovo licencia y flota, y despachos de Sus Altezas, y estando él en la córte se negoció é concertó é se dió licencia á otros muchos capitanes que la procuraron para ir á descubrir, é fueron é descubrieron diversas islas.

Partió el Almirante de vuelta á las Indias en fin del mes de Agosto del año de 1497 con tres carabelas, y afinó hácia ciertas islas donde no habia llegado en las partes del Austro en par de las islas de los Caribes, y descubrió y halló la isla de las perlas y no quiso que resgatasen, salvo muy poca cosa por de muestra, de que los marineros fueron dél muy mal contentos, porque les habia dicho que de lo que Dios les diese é echase en encuentro en aquel viaje, que partiria con ellos, é despues díjoles que el Rey y la Reyna lo enviaban á descubrir por aquella via, y no á resgatar, y siguió su viaje de vuelta á la Española, y llegado en ella dió forma en las minas de oro y en las poblaciones, donde trabajó mucho, y halló muy grandes minas de oro como él creia que

las habia, y lo decia, y no era creído de muchos, así caballeros como marineros é escuderos, é gente comun, que hacian burla de su fablar; y fechas minas y dada orden muy agudísima en el buscar el oro, pasó cerca de un año, que no pudo hallar la abundancia de él, é en el año de 1499 comenzó de hallar la abundancia y en el año de 1500, y como se cojia todo en nombre del Rey y de la Reyna, aunque pagaban algo á los que trabajaban en las minas, como el Almirante lo recibia y adquiria todo, habia muchas mormuraciones contra él, y él se engorró y tardó de enviar el oro al Rey algo mas de lo que debia, en tal manera que ovo quien escribió de allá ó vino acá á decir á el Rey y á la Reyna que encubria el oro, y que se queria enseñorear de la isla, é otros que la queria dar á genoveses, é otras muchas cosas de lo qual lo menos, ó ninguna cosa se debiera creer que él tal hiciera, y el Rey mandó un gobernador llamado Fulano de Bobadilla, á la Española, é envió por el Almirante, el qual dicho gobernador se lo envió en ramo de preso con el oro que tenia, el qual aportó á Cádiz en el verano del año de 1501, y presentado al Rey con el oro que trujo, y él dado su descargo, el Rey le mandó, que porque así convenia á su servicio, que no entrase jamas en la isla Española, y por los servicios que habia fecho confirmóle su Almirantazgo para siempre con sus derechos é rentas, é que andubiese en la córte ó estuviere en Castilla donde él quisiese, é díjole que en esto creyese que le hacia mucha honra y merced y que le quitaba del peligro de los castellanos, que estaban muy indignados contra él, y que si allá volviese no podria escusar el alboroto y escándalo, que sería dar á los indios mal ejemplo.

El Almirante, vista la voluntad del Rey y de la Reyna, le suplicó á Sus Altezas, le diesen licencia para ir á descubrir por la via del Septentrion el costado derecho de la tierra firme, que le habia quedado por descubrir, porque aun cuando su voluntad fué el ir aquella via cuando desde allá fué á descubrir la tierra firme, lo echó por la otra banda, y el Rey le dió licencia, y fué con tres navios á descubrir por el Septentrion, y ovo en el viaje muchos siniestros y afrentas y fortunas, despues de haber pasado allende de la Española, que halló las mares muy bravas, y no pudo andar tanto quanto él quisiera, é aunque descubrió en el viaje muchas islas, segun él escribió, su propósito no pudo haber el efecto que deseaba, é en algunos puertos con las fortunas estuvo retraido algunas distancias de tiempo, que le impidieron el descubrir, y del mucho navegar, ó del mucho trabajo, ó del humor de aquellos mares, que de tal manera pegan en los navios, se les comieron de bruma, y maravillosamente él y la gente escaparon en uno á una isla cerca de la Española. El navio iba tambien muy perdido, donde por vía de indios el gobernador supo dél, y enviaron por él, y lo trujeron con la gente que habia ido con él á la Española, é dende lo envió en Castilla, y lo trujo Diego Rodriguez Cómite, vecino de Triana, el año de 1504, á cerca de Navidad, el qual dicho Almi-

rante Don Christobal Colon, de maravillosa y honrada memoria, natural de la provincia de Génova (1), estando en Valladolid el año de 1506, en el mes de Mayo, murió *in senectute bona*, inventor de las Indias, de edad de 70 años poco mas ó menos. Nuestro Señor lo ponga en gloria. Amen.

DEO GRATIAS.

Por ahora no quiero escribir mas del descubrir de las Indias, pues á todos es notorio, y hay otros muchos que lo descubren, y sábenlo escribir, y recuentan lo que ven por toda España. Sucedióle su mayor hijo en el Almirantazgo é rentas é honras que él por su trabajo, é industria é buena ventura ganó en la buena ventura é buena dicha del Rey y de la Reyna que para ello le aparejaron y dieron.

CAPÍTULO CXXXII.

De la isla de la Palma en Canarias.

En el nombre de Dios: aunque sepais muy breve la toma de la isla de la Palma, porque esplicadamente no lo supe, me pareció no ser cosa para dejalla de escribir, pues no hay memoria nin escriptura que de infieles é gente bestial la viesse quitada, nin señoreada pacífica de otra nacion, fasta el tiempo de la buena ventura del Rey Don Fernando y de la Reyna Doña Isabel; fué de esta manera: Alonso de Lugo, caballero ciudadano de la ciudad de Sevilla, de noble generacion, hombre pacífico y de muy buena condicion y sana conciencia, agudo y de buen corazon, é ingenio, cuidadoso de ganar honra, é de servir á Dios y á Sus Altezas del Rey é de la Reyna, en conquistar las gentes bárbaras é idólatras, ignorantes y enemigas de la fé cathólica; este fué un capitan con Pedro de Vera, el gobernador, en ganar la isla de la Gran Canaria, como atras dicho es. Este ovo heredamiento allí en Gran Canarias, y quedóse allí viviendo, y quando vido tiempo conveniente demandó á el Rey y á la Reyna la conquista de la isla de la Palma, que es una de las siete islas de Canarias, la qual tomó y se obligó con la ayuda de Dios de la conquistar y ganar á su costa y expensas, con condicion que las cabalgadas y despojos que dello oviese fuesen para él, para el gasto de la gente; y conquistóla el año de 1493 años, é ovo de ella la victoria, é ganóla, é ovo de cabalgada é despojos mil é ducientos ánimas varones é mujeres, chicos y grandes, é veinte mil cabezas de ganados cabruno é ovejuno, y dió la isla desempeñada á Sus Altezas. Eran las gentes de esta isla todos desnudos, salvo de pellejos de cabras se cubrian y aprovechaban en lugar de paños é de lienzo; alcanzaban asaz mantenimientos de raíces de yerbas y de granas, y con leche y manteca y carne se mantenian, y con pescado.

(1) El texto de Rodrigo Caro dice «Milano».